



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 47 – 18 de septiembre de 2015

En este número

1. **11-S. El día que cambió el mundo**, *José Javier Esparza*
2. **Rosario de Velasco de Balausteguigoitia, una pinora de la Vieja Guardia de Falange**, *Francisco Blanco*

11-S. El día que cambió el mundo

José Javier Esparza

Nadie daba crédito: dos aviones comerciales se habían estrellado sucesivamente contra las torres gemelas del World Trade Center de Nueva York. Era, sí, el mismo escenario del atentado de 1993, pero esta vez en una dimensión atterradoramente superior. Aquel 11 de septiembre de 2001 todo el mundo –literalmente– vio en directo por televisión cómo los aviones chocaban contra el edificio, cómo la torre se incendiaba, cómo el orgulloso monumento del capitalismo internacional se desplomaba en una escena apocalíptica. Al mismo tiempo, otro avión comercial se precipitaba sobre el edificio del Pentágono. Luego se supo que aún hubo un cuarto avión destinado a impactar contra el Capitolio en Washington, pero la resistencia de los pasajeros lo empujó a campo abierto. En total, 2.973 muertos, más de 6.000 heridos y 24 desaparecidos, sin contar los terroristas suicidas. Las autoridades norteamericanas apuntaron inmediatamente a Al Qaeda. Habían sido ellos: la red islamista creada para combatir a la invasión soviética de Afganistán (y que contó inicialmente, por cierto, con abundante dinero americano). Los autores materiales de los atentados fueron diecinueve: quince saudíes, dos de los Emiratos, un libanés y un egipcio. Tirando del hilo apareció una densa red de ciudadanos norteamericanos de origen musulmán, incluidos los imanes de algunas mezquitas, que de un modo u otro habían estado en la conspiración. Y ese día cambió el mundo

No hubo «final de la Historia»

Desde el hundimiento del bloque soviético en 1989, rubricado por la descomposición interior de la URSS dos años después, los Estados Unidos se habían convertido en la única potencia hegemónica: la superpotencia por antonomasia. El discurso del triunfo de la «democracia americana» llenaba no sólo la conciencia de la opinión pública estadounidense, sino también la de sus aliados europeos. No había enemigo que pudiera hacerle frente. Después de casi medio siglo de política de bloques, parecía evidente que ahora todo el planeta caminaría, tarde o temprano, hacia la unificación global en torno a los principios de la democracia liberal de mercado. La propia globalización de la economía, alentada desde el poder a partir de 1990, empujaba hacia tal destino. Eso era lo que había tras la etiqueta del «Fin de la Historia». Y guardaba perfecta coherencia con el tradicional sueño americano de un Único Mundo (One

World) donde los Estados Unidos actuarían como «nación moral» siempre dispuesta a guiar a la humanidad. Por eso los atentados del 11-S alcanzaron una repercusión superior incluso a la de su propio daño físico: eran una súbita transformación del paisaje.

El propósito de los líderes de Al Qaeda, el saudí Bin Laden y el egipcio Al-Zawahirí, era evidente: generar en las sociedades occidentales una conmoción sin retorno. Era previsible que esa conmoción produjera una reacción militar occidental contra el mundo musulmán. Y entonces éste –siempre según la teoría yihadista– entendería finalmente que debía unirse contra el «cruzado» y el «judío» frente a la agresión colonialista, la profanación de la tierra santa del Profeta, la opresión del pueblo palestino, etc. Llegaría así el momento de que la «vanguardia pionera» del islamismo, es decir, Al Qaeda, tomara el mando de la *umma*, la comunidad de los creyentes. Ellos habían derrotado al imperio soviético años atrás. Ellos habían asestado ahora a la potencia hegemónica del mundo el golpe más fuerte jamás sufrido por los Estados Unidos en su territorio. Ellos, Al Qaeda, eran la espada de Alá. Esa era la estrategia.

Pocas semanas después de los atentados del 11-S, Al-Zawahirí publicaba su libro *Los caballeros a la sombra del estandarte del profeta*. El libro era importante porque enunciaba todos los tópicos del yihadismo islamista y, por así decirlo, actuó como «catón» para nuevos militantes. Y, además, Al-Zawahirí planteaba una tesis nueva y altamente significativa, a saber: que Europa era el campo de batalla inminente para la yihad.



¿Por qué? Porque Europa había dejado de ser tierra de creyentes, es decir, tierra de la «Gente del Libro». Eso, en términos estrictamente coránicos, significa que a los europeos ya no se les puede aplicar la *dawa*, la predicación, el llamamiento a la conversión, sino que ahora el arma había de ser indiscutiblemente la yihad, la guerra, y atacar y matar hasta forzar la sumisión, como los «caballeros del profeta» Mahoma hicieron con las tribus idólatras del desierto árabe. Ese día, en efecto, había cambiado el mundo.

Europa: en la conmoción subsiguiente a los atentados, Europa descubrió súbitamente que tenía al enemigo en casa. Por todas partes aparecieron informaciones sobre mezquitas en las que se predicaba el odio y sobre ulemas que actuaban como portavoces de la yihad. En Europa había ya decenas de millones de musulmanes, fruto de la emigración sostenida desde treinta años atrás, en cuyo interior germinaba la semilla del islamismo. Una integración social y cultural deficiente o nula, una aplicación extremadamente indulgente de modelos «multiculturales», una creciente exasperación identitaria en los inmigrantes de segunda o tercera generación, frecuentemente inadaptados o simplemente absorbidos por el sueño de un islam originario... Todo eso había ido construyendo un magma que alcanzaba dimensiones volcánicas en ciudades como Londres, donde el número de predicadores yihadistas era escandaloso. Todos los países europeos miraron en su interior. Lo que vieron les aterró.

Habla la guerra: Afganistán en Irak

La respuesta norteamericana a la provocación yihadista fue proclamar la *War on Terror*, la «guerra contra el terrorismo», una iniciativa de muy amplio espectro secundada por la gran mayoría de los aliados de los Estados Unidos y que incluía medidas de diverso género (policial, financiero, político, etc.). La más contundente de las medidas fue la invasión de Afganistán en octubre de 2001. Estados Unidos exigió al régimen talibán que entregara a Bin Laden, allí refugiado. El caudillo afgano, el mulá Omar, dijo que no. Entonces empezó la guerra. Objetivos:

uno, desarticular la base central de Al Qaeda atrapando o matando a sus líderes y desmantelando sus campos de entrenamiento; dos, derribar al régimen talibán.

El ataque contra Afganistán deshizo, ciertamente, la mayor parte de la estructura física de Al Qaeda en Afganistán, pero entonces el yihadismo abrió una segunda fase: la de la proliferación espontánea. Todo el «trabajo de red» de los años anteriores se tradujo en la aparición de un sinnúmero de grupos en todo el mundo musulmán que eran parte de Al Qaeda o decían serlo. En diciembre de 2001, un yihadista de nacionalidad británica, Richard Reid, es neutralizado cuando intentaba hacer explotar un avión que cubría el trayecto Paris-Miami. Reid era un delincuente de poca monta captado en la cárcel y entrenado después en Pakistán. En febrero de 2002, un grupo terrorista de Cachemira, Jaish-e-Mohammed («el ejército de Mahoma»), secuestra en Pakistán al periodista del *Wall Street Journal* Daniel Pearl, judío norteamericano, y le obliga a grabar un vídeo de autoacusación; ante la misma videocámara, Pearl es decapitado. En octubre de 2002 aparece en Indonesia una Jemaa Islamiya que coloca dos bombas en Bali y mata a 202 personas hiriendo a otras 209. En Argelia, el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate mata a lo largo de 2002 a más de 1.500 personas en atentados de todo tipo: contra sinagogas, contra turistas, contra niños que juegan al fútbol, contra comunidades campesinas... Y así sucesivamente. La lista de crímenes es abrumadora. Lo esencial es esto: Al Qaeda empezó a funcionar como una red cuyo centro estaba en todas partes y en ninguna. La guerra se hacía universal.



El siguiente paso en la guerra norteamericana contra el terrorismo fue la invasión de Irak en marzo de 2003. ¿Por qué Irak? Desde al menos dos años atrás –y antes, por tanto, de los atentados del 11-S–, los Estados Unidos contemplaban la opción de establecer un punto fijo de control territorial en Oriente Medio que les sirviera como

pivote geoestratégico para controlar una región vital. ¿Controlar qué exactamente? En primer lugar, los movimientos de Al-Qaeda. Además, la ofensiva islamista en Palestina: la segunda Intifada había empezado en septiembre de 2000 con claro protagonismo de Hamas. Añádase el flujo de petróleo y, naturalmente, sus precios. Más la inquietante actividad de Irán, cuyo apoyo a Hezbolá era decisivo. Se trataba de sentar una base física que permitiera cubrir todos esos objetivos, y esto estaba ya decidido al menos desde antes del verano de 2001. Esto es lo que se infiere de las revelaciones del ex secretario del Tesoro Paul O'Neill y coincide con lo que dijo en el mismo sentido el general Wesley Clark, ex comandante de las fuerzas de la OTAN durante la guerra de Kosovo. ¿Y eso no podían hacerlo Arabia Saudí y Turquía? Ya no. Las conexiones saudíes de los terroristas eran demasiado intensas y, en cuanto a Turquía, desde unos años atrás estaba asistiendo al crecimiento del «islamismo moderno» encabezado por Erdogan. Además, era también cuestión de prestigio: había que demostrar a todo el mundo que los Estados Unidos eran, en efecto, la única potencia hegemónica. E Irak, país muy debilitado, pero con unas fronteras muy apetecibles e importantes recursos petrolíferos, era el objetivo idóneo.

Desde un punto de vista bélico convencional, las guerras de Afganistán e Irak fueron rápidas y relativamente simples: se trataba de derrotar a ejércitos técnicamente inferiores, controlar el territorio, desmantelar las estructuras de poder y poner en su lugar a gobiernos nuevos que se

esperaba poder formar con la propia oposición local. En Afganistán las operaciones militares comienzan el 7 de octubre y sólo dos meses después se ocupa Kandahar, la capital talibán. En Irak ocurriría algo semejante. Los combates propiamente dichos duraron poco. La ofensiva comenzó el 20 de marzo de 2003 y Bagdad cayó el 12 de abril. El 1 de mayo, el presidente George W. Bush declaraba formalmente el fin de los combates. La idea era nombrar ahora una «administración provisional» hasta que se pudiera reclutar un nuevo gobierno de entre las facciones de oposición al régimen de Sadam Hussein. Pero todo salió mal.

La expansión universal de Al Qaeda

Todo salió mal porque enseguida surgieron por todas partes, tanto en Afganistán como en Irak, grupos armados de mayor o menor tamaño que hacían la guerra por su cuenta, lo mismo para atacar a los americanos que para saquear las ciudades arruinadas o incluso para pelearse entre sí. La gran mayoría de esos grupos imprimía a sus acciones el sello de Al Qaeda. Y frecuentemente, por cierto, sólo el sello, porque a estas alturas Al Qaeda ya se había convertido sobre todo en un nombre que mil y un grupos yihadistas en todo el mundo esgrimían a modo de contraseña. Algunos formaban parte del entramado de Bin Laden. Otros se envolvían en esa bandera con el objetivo de ser adoptados por el gran referente de la yihad del siglo xxi.

Contar mil y un grupos tal vez sea quedarse corto. En 2002 aparece en Nigeria la milicia fundamentalista Boko Haram, fundada por el alfaquí salafista Mohammed Yusuf, que reivindica la doctrina de Ibn Taymiyya. En mayo de 2003, catorce yihadistas suicidas del Grupo Islámico Combatiente Marroquí, que es uno de los brazos del salafismo en el Magreb, atacan la Casa de España, el hotel Farah y diversos centros judíos en Casablanca y matan a 33 personas (además, doce de los suicidas murieron). Noviembre de ese mismo año es un mes negro, en Estambul, Turquía: dos coches bomba simultáneos contra sendas sinagogas (23 muertos y 277 heridos), dos atentados con bomba frente al consulado inglés y el banco HSBC (27 muertos, entre ellos el cónsul británico, y 450 heridos), dos bombas más en Ankara... Los atentados fueron reivindicados por el Frente de los Combatientes Islámicos del Gran Oriente y las Brigadas de Abu Hafs al-Masri. ¿Quiénes son? La policía turca aseguró que se trataba de Al Qaeda.

¿Todo eso era Al Qaeda? Sí. En el bien entendido de que Al Qaeda ya no era propiamente una organización, sino un aglomerado horizontal de células islamistas repartidas por todo el mundo que sacaban provecho de las redes de financiación, entrenamiento, logística, municionamiento y, por supuesto, ideología tendidas por Bin Laden y Al-Zahawirí desde Afganistán. Este último aspecto, el de la ideología, es absolutamente básico para entender todo lo que había pasado por el momento y lo que aún había de pasar. Porque sosteniendo al despliegue de muerte de Al Qaeda y sus mil y un rostros, había y aún habría en el futuro inmediato una interpretación literalista del Corán que bebía en las mismas fuentes de Mahoma, de las escuelas de jurisprudencia, de la yihad tal y como fue definida en el siglo vii, de los Ibn Taymiyya y compañía, y de los teóricos «revivalistas» del islamismo desde Maududi hasta Qutb, y todo ese magma hecho de pasado que no pasa, de Historia congelada, de identidad exasperada por la derrota, de «caballeros a la sombra del profeta», todo eso era envuelto por las voces de mil imanes, desde sus mezquitas, en una promesa suicida de redención que a su vez era escuchada con fascinación por cientos de miles de musulmanes en todo el mundo. Y de modo muy particular, en Europa.

Podemos seguir? El 11 de marzo de 2004, Madrid. El 7 de julio de 2005, Londres. Cuando alguien tuvo la ocurrencia de animar a la oposición «democrática» en los países musulmanes y estimular la llamada «primavera árabe», el balance fue un recrudecimiento del islamismo. Y cuando alguien quiso repetir en Siria el intento de Irak, el resultado fue una guerra civil a cuyo calor creció el monstruo del Estado Islámico, nacido directamente de una escisión de Al Qaeda.

Todo lo que hoy estamos viviendo empezó entonces, aquel 11 de septiembre de 2001. Los atentados de las Torres Gemelas, el gran golpe de Al Qaeda, globalizaron el terror, propagaron el

terrorismo yihadista por todo el mundo y dieron la señal de partida para una guerra que aún continúa.

Tomado de *El Manifiesto*

Rosario de Velasco de Belausteguigoitia, una pintora de la Vieja Guardia de la Falange

Francisco Blanco

Hay una luz brumosa, en cierto modo mágica, que lo envuelve todo
Cesáreo Rodríguez Aguilera

En la sala 207 del Centro Nacional Reina Sofía puede contemplarse un cuadro de título *Adán y Eva* pintado en 1932 por una mujer, Rosario de Velasco. A quienes les guste el arte rápidamente lo pondrán en relación con el movimiento de la Nueva objetividad y les sorprenderá que sea una mujer su autora. Más sorpresa causará aún la dificultad de ponerla en relación con otras



creaciones suyas por desconocimiento de su obra y llegará el asombro cuando sepan que se trata de una pintora de vanguardia que militó en la Falange primitiva, hecho difícil de encontrar en las historias más divulgadas, con la excepción acaso del libro de Ángel Llorente sobre el arte y

la ideología del franquismo. Pero así fue la vivencia de Rosario de Velasco, la «Pola Negri» de la pintura española en palabras de Eugenio D'Ors

Acabada la primera mundial surgió en el arte una vuelta de tuerca, una revisión a los movimientos rupturistas a los que había abierto camino el impresionismo y que llegaron a desprenderse de lo que la tradición artística había dictado durante siglos. Incluso dentro del futurismo agresivo y rompedor, Severini o Carrá se mostraban partidarios de la vuelta a modos más apacibles. Este retorno a una pintura figurativa con independencia del genio transformador de cada artista llevaba a «...reconstruir el objeto partiendo exclusivamente de nuestra interioridad» tal y como manifestaba el crítico alemán Franz Roz y que recibiría distintos nombres, en Francia fue el *Retorno al orden*, en Italia *Valori Plastici*, en Alemania *Nueva objetividad* (*Neue Sachlichkeit*) o *Realismo mágico* y en España *Nuevo Realismo*.

La escasa presencia de la mujer en el arte hasta principios del xx era una realidad con la que se rompe en esta centuria. Nombres como Sofonisba Anguissola, Lavinia Fontana, Rosalba Carriera y un puñado más en donde no podemos olvidar a nuestra compatriota Luisa Roldán completaban una nómina exigua que afortunadamente iba a cambiar. Sin que fueran legión, creadoras como Maria Blanchard, Maruja Mallo, Ángeles Santos, o Rosario de Velasco figuran como pioneras en el arte de vanguardia realizado por mujeres en nuestra Patria.

La apariencia, que es el estado en que me encuentro, dice que la obra de Rosario de Velasco es limitada en cuanto a su producción y puede que esa impresión sea falsa, pero es la que transmiten las fuentes accesibles. Un investigador afectivo de Rosario, su nieto, está realizando a través de internet una búsqueda de sus creaciones para realizar un inventario necesario y que hoy por hoy es inexistente. Su página bella, pulcra y cariñosa pide ayuda a quienes pudieran dar información de la obra dispersa de la pintora falangista. Si algún lector de esta publicación pudiera darla queda avisado y en cualquier caso que no dejen de visitarla¹. La falta de contacto directo de su producción pictórica limita un conocimiento a fondo de su pintura. Con excepciones como el lienzo citado del Reina Sofía, el único recurso disponible es acudir a las reproducciones fotográficas que hay en la red con las enormes limitaciones que ello conlleva. La impresión que de sus creaciones podemos tener necesitaría confirmación con las obras originales. Investigadores sobre Rosario de Velasco se encuentran limitados, así ocurre con José Luis Alcaide en el artículo con base a una obra expuesta en el 1939 en la Exposición de cultura y pintura en Valencia².

Rosario de Velasco quedaba descrita por el *ABC* de Sevilla en 1932 como «una chicarrona de piel de pan tostado, de pelo negro a la greña, manos de movimientos dulces y ojos castaños en cuyo iris titila una gota de miel», el autor del artículo evitaba clasificarla, resaltaba el colorismo y la religiosidad de sus cuadros y acusaba de vicio de los críticos cualquier intento encasillador mientras reclamaba mirar la aportación original que todo artista tiene: «No miremos en el Arte lo que se tomó de los bienes generales a todos, sino el bien que añade el artista nuevo; oigamos el timbre, volumen y expresión de la voz aunque esté inserta en el coral de un cántico»³. Luis de Galinsoga años antes de ser director de *La Vanguardia española* se explayaba en alabar a la joven pintora con su producción *Lavanderas*: «masas pictóricas sueltas, pero armónicas y de composición resuelta magistralmente con dibujo somero, pero firme y con colores sencillos, pero expresionistas; un buen modelo, en fin, de arte moderno».

Sus estudios de pintura los comenzó con Fernando Álvarez de Sotomayor en los márgenes del academicismo. Poco a poco derivó hacia el Nuevo realismo en donde aparecen ecos del neocubismo, del prerrafaelismo, y de autores como Rousseau el aduanero, Togaes, Dalí, Sunyer, Vázquez Días en la opinión fundada de Josefina Álix. Curiosamente Eugenio Carmona enlazaba a Ponce de León, pintor falangista asesinado en Paracuellos, con Rosario de Velasco: «No en vano,

¹ <http://vugarte.wix.com/rosariodevelasco>

² <http://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/28113/49-55.pdf?sequence=1&isAllowed=7>

³ *ABC* 1.12.35 pag.8

*Ponce de León y Rosario de Velasco, al mediar los años treinta, llegaron a realizar auténticas obras capitales de la sensibilidad neobjetiva en España». Pero también fue sujeta a la crítica adversa de quienes por costumbre, con su neorreligiosidad atea por bandera van impartiendo lecciones de dogma, pureza y veracidad, arrinconando a aquellos que no disfrutaban de su credo. Fue el caso de Manuela Ballester, esposa del comunista y pintor Josep Renau (excelente en su faceta artística, no nos duele prenda alguna) para quien las participantes en la exposición de la Librería internacional de Zaragoza y cuyas obras fueron reproducidas en la revista *Noreste* no halló mejor calificación que la de «falta de espíritu femenino y asepsia ideológica... vanidad de señoritas de provincia metidas a intelectuales».*

Centrado en su papel de ilustradora de libros escritos por mujeres de ideología tan distinta como María Teresa León y Concha Espina y en donde se enlaza su producción artística con su militancia falangista está el excelente artículo de Beatriz Caamaño Alegre *Ilustrando a Rosario de Velasco: desarrollo de una estética*⁴ y cuya lectura se recomienda encarecidamente. Efectivamente, las primeras mujeres de la Falange que provenían de familias mayoritariamente de mentalidad conservadora adoptaron en su militancia política escogida roles que nada tenían que ver con las que la costumbre les había asignado hasta entonces.

Sobre su militancia falangista, además del artículo referido, existen datos que nos informan del salvamento que hizo en Madrid de unas monjas acorraladas por milicianos, de su detención en Barcelona y de cómo, milagrosamente, se salvó de la muerte pocas horas antes de ser asesinada por la mediación de quien sería su esposo, el doctor Farrerons. La información, breve pero interesante puede seguirse en el artículo *Rosario de Velasco de Belausteguigoitia*⁵. Sin embargo nos queda la duda de esa última fotografía que se dice sacó a José Antonio, porque creíamos que fueron las hermanas Vicenta e Inmaculada Chabás, asesinadas durante la guerra, quienes hicieron en la cárcel de Alicante la última foto al Jefe Nacional de la Falange.



Acabada la guerra, en 1939, realizaba el dibujo que, convertido en sello⁶, constituyó la emisión más breve en cuanto a periodo de uso y cuyos beneficios fueron destinados a la organización de mujeres falangistas para el homenaje que realizaron al ejército en el Castillo de la Mota. Colaboraría también como ilustradora en aquel proyecto tan sugestivo como fue la revista *Vértice*.

Y en Madrid, en la residencia Teresa de Cepeda en la madrileña calle de Miguel con ecos racionalistas en la arquitectura y en una atmósfera que guarda recuerdos de la ILE permaneció parte de su obra y que expresa el valor esencial de la religiosidad que tenía la pintora. Ese

⁴ http://portal.utpa.edu/utpa_main/daa_home/coah_home/modern_home/hipertexto_home/docs/Hiper17Caamano.pdf

⁵ <http://historiesparaleles.blogspot.com.es/2015/04/rosario-de-velasco-de-belausteguigoitia.html>

⁶ <http://www.sofima.info/index2a62.html?q=node/3>

edificio era la Residencia de señoritas, o sea, el inmueble para mujeres de la Residencia de estudiantes reconvertido tras la guerra en Colegio mayor Santa Teresa de Cepeda. La literatura nos dice que en la entrada de la capilla, en un medio punto, estaban pintadas por Rosario la media figura del Salvador con sabores bizantinos; en el atrio, a la encáustica, un ángel, que trasladaba en su visión a la pintura mural románica y en el altar mayor la imagen de María, provista de ropaje escultórico, que llevaba de la mano al niño Jesús. A finales de mayo de 1942 y durante tres días se permitió la entrada al público para ver las pinturas. Hoy aquello es la Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón y de las pinturas de Velasco no queda nada. ¿Trasladadas de soporte a otro lugar, pasto de la desidia, de la incompetencia, de la minusvaloración de ciertos valores estéticos?

Continuó su actividad a lo largo de su vida y con el tiempo se fue deshaciendo del clasicismo, hizo paisajes, bodegones, óleos sobre de papel de vibrante ejecución incorporando nuevas técnicas, de gran riqueza en las texturas, *«sin duda el periodo más creativo e interesante de la pintora»*.

Murió en Barcelona en 1991. (En esa ciudad tan española de la que se ha ausentado Roberto Ferruz, quién sabe si Dios le ha reclamado para evitarle el huracán de inmundicia que se nos viene encima).

Tomado de *Hispaniainfo*

ESPECIAL